

En el nuevo argot de Pest, el barrio más animado de Budapest, en la margen izquierda del Danubio, "kengya" significa confidencia, rumor. En la capital húngara, la palabra "kengya" está en todos los labios. En un país subinformado, en el que las noticias son tan raras como oficiales, los ecos subterráneos, los rumores circulan con mayor libertad que los hombres y las ideas, los "kengya" viajan con rapidez.

En este momento, en Budapest, el "kengya" de los "kengya" es la aparición en el mercado de un frasquito marrón de feo aspecto y que contiene un elixir capilar de mágicas virtudes: el Banfi.

Desde la aparición de la droga milagrosa, el pasado 20 de febrero, el "kengya" se extiende como un reguero de pólvora. Los calvos están que pierden la cabeza. Los quince comercios "Herbaria", que venden la nueva loción, están literalmente acosados. A sus puertas se forman colas interminables. La memoria colectiva húngara no recordaba nada semejante.

Pero lo que hoy se distribuye no es un artículo ni gratuito ni de primera necesidad. Es un producto incluso caro (58 florines el frasco, en un país en que los ingresos medios son de 3.700 florines). Da igual. Desde cuatro horas antes de que abran los comercios —a las diez de la mañana— y hasta la hora de su cierre, a las siete de la tarde, los cráneos magiáres forman colas de centenares y centenares de metros. ¿Calvos? Es difícil decirlo. El frío intensísimo lo disimula bajo espesos gorros de piel. La policía monta guardia a la entrada de los comercios para que no se rompa el orden en ningún momento. La demanda es enorme. Mucha gente compra no ya para consumir, sino para hacer acopio e incluso para especular. En sólo ocho meses se han vendido doscientos mil frascos de loción Banfi, y para fin de año se piensa llegar a la cifra de dos millones.

¿Qué contiene exactamente tan deseado frasco? Nadie lo sabe con certeza. "Secreto industrial", responde Jozsef Fogarassy, director de Herbaria, funcionario de los de camisa de nylon y corbata ancha bajo una chaqueta tan gris como las mismas paredes de su oficina. Los consumidores húngaros no tienen ni idea de lo que se echan en la cabeza. ¿Fe o credibilidad? Compran esperanza.

¿Eficaz? "Si —afirman los científicos—, a condición de que los bulbos pilosos sigan siendo viables". Las gotas Banfi detienen fulminantemente la caída del cabello y estimulan su regeneración si la calvicie no ha hecho más que comenzar. Si la calvicie es ya vieja, y las raíces están totalmente destruidas, no hay esperanza. Aún no se ha descubierto el arma absoluta. Se trata de un arma de alcance limitado y efectos espectaculares. A los ocho meses del lanzamiento del producto —la duración del tratamiento oscila entre los seis meses y los tres años, según la gravedad de los casos— ha so-

De todas formas, ya han comenzado las exportaciones "salvajes". De los diez millones de turistas que han pasado por Hungría este año, muchos se han llevado consigo como recuerdo uno o varios frascos. Los austriacos, que no necesitan ya visado para entrar en Hungría, figuran en cabeza del pelotón occidental. El frasco se vende en Viena hasta a mil chelines austriacos. Pero son los visitantes de los países socialistas quienes han inaugurado un auténtico mercado negro internacional. El frasco alcanza en Checoslovaquia el triple de su valor original, y el cuádruple, en Polonia.

HUNGRÍA

Por unos cuantos pelos más

MARIELLA RIGHINI

nado por fin la hora de la verdad.

Con ojos todavía incrédulos, yo misma pude ver, en un comercio Herbaria elegido al azar, a los primeros beneficiarios del milagro. Si en las que la línea del pelo había reconquistado medio centímetro a la calvicie. Frentes despejadas y atravesadas por largos mechones circulares a lo Giscard y en torno a los que había vuelto a crecer con fuerza el pelo.

La buena nueva ha cruzado rápidamente las fronteras. Y ha llegado a América, al Japón, a Australia. Burócrata perfecto, Loranthe Kovacs, responsable de la oficina de comercio exterior, Medimpex, calibra el interés mundial hacia la nueva loción húngara. Pero la exportación aún no ha comenzado. "Primero había que cubrir las necesidades del país. Para el mercado occidental, era preciso refinar un poco el producto".

Pegajoso, tiene ése un repugnante olor a ajo y rábano silvestre. "Estamos intentando eliminar esos inconvenientes —afirma la señora Kovacs—. ¡Estamos a favor de los productos naturales a condición de que sean soportables!". Las narices occidentales habrán de esperar hasta el primer semestre de 1980 para olisquear los primeros frascos dignos de exportación. Los olfatos socialistas no pueden permitirse semejantes delicadezas.

Célebre desde el Atlántico hasta los Urales, Andreas Banfi, inventor del famoso elixir, vive en un rincón perdido de la estepa. Bekesesaba, pequeña localidad a doscientos diez kilómetros al Sudeste de Budapest, cerca de la frontera rumana. Al final de un camino de tierra, una barraca construida a base de listones de maderas pintados de blanco. Todo está oscuro salvo por una luz azulada, visible por la ventana de atrás. Banfi no espera a nadie. Mi visita, improvisada, le obliga a levantarse de la cama y ponerse un pantalón directamente sobre el pijama. Me recibe en la habitación única de su casa: dos lechos en los que yacen, comatosas, su esposa y su madre; un aparato de televisión, dos impresionantes armarios sobre los que aparece entronizado, junto a trofeos diversos, el frasco que lleva su nombre.

A sus cincuenta y cuatro años, Banfi es un hombre gastado y decepcionado. Quince años de tribulaciones antes de lograr imponer su descubrimiento. Doble calvario, el suyo. El de un calvo que no asumió su calvicie, el de un pequeño inventor sin cualificaciones en un país burocrático. Nada destinaba a este campesino e hijo de campesinos a investigar la calvicie. Nada salvo una calvicie precoz y una buena dosis de coquetería.

En los primeros años sesenta, comenzó a experimentar en su

propio cráneo todo tipo de mezclas de extractos de plantas. En 1967 dio con la fórmula. Dieciocho meses más tarde, mister Hyde se metamorfosea en el doctor Jekyll: sus cabellos vuelven a crecer. Intenta vender la patente a las empresas estatales. Pero se ve rechazado como si fuera un charlatán. En 1974, una firma de Montreal le paga el viaje a Canadá y le ofrece diez mil dólares a cambio de su fórmula. Banfi vacila. Pero, llamado inmediatamente a capítulo por las autoridades de Budapest, Banfi llega a la conclusión de que se trata de una empresa de húngaros "disidentes" que le arrastran a la



"emigración" y, como buen ciudadano de su país, rechaza el ofrecimiento.

Sólo entonces la oficina nacional de inventos "Licencia" acepta negociar su patente con las firmas húngaras. El modesto inventor habrá de esperar dos años más antes que la cooperativa "Herbaria" le compre los derechos para producir su loción después de haber experimentado el producto en la clínica dermatológica de la Facultad de Medicina de Budapest.

Ahora que su nombre aparece reproducido en las etiquetas de millones de frascos, nada ha cambiado en la vida de Banfi. Salvo que hoy tiene algunos pelos más y unas cuantas ilusiones menos. No ha salido de su pequeña ciudad, no ha cambiado de vivienda, ni de cama, ni de vida. En cualquier otro país, se habría convertido en un gran personaje, habría hecho fortuna.

Sin que le importen un comino las críticas, Banfi sigue investigando. Acaba de realizar un nuevo invento. El contrario del anterior. Un producto milagroso que suprime los pelos superfluos. Pero que no cederá esta vez a nadie. ■ © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO.